

Discurso: Poder Popular, Movimientos Sociales y Nuevas Formas de Organización en Los Proyectos de Nación de los Gobiernos Progresistas

Compañeras y compañeros de izquierda de todo el mundo, nos encontramos hoy reunidos para hablar de dos preguntas centrales de nuestro tiempo. ¿Cómo transformar nuestras sociedades desde el protagonismo popular? ¿Cómo construir proyectos de nación verdaderamente soberanos, justos y emancipadores desde el corazón del pueblo organizado?

He aquí mi respuesta, para nadie es secreto que américa latina vive una etapa de disputa profunda. Una disputa entre dos modelos de sociedad:

- El primero de ellos el modelo neoliberal, privatizador, colonial, patriarcal y extractivista, que responde a los intereses del capital transnacional, que se ha encargado de desmembrar toda identidad soberana, que ha puesto el interés individual en primer plano por encima de toda unidad colectiva y que sigue aferrándose a existir en cada una de las naciones soberanas de izquierda y progresistas.

-Y el otro modelo que aún está en construcción, en disputa, que sigue luchando en la búsqueda de poder consolidarse desde los pueblos: un modelo de nación plurinacional, popular, comunitaria y democrática, que pone en el centro la vida, la dignidad y la justicia social y acción colectiva, el progresismo.

En este proceso, por consolidar el poder popular y los movimientos sociales no son meros espectadores. Son sujetos históricos, son semilla y fruto de las luchas populares que han atravesado nuestro continente desde la colonización hasta hoy, y que seminarios como este sean el medio para seguir sembrando el poder popular y la organización en la sociedad.

En 4 puntos de esta ponencia doy sentido al tema de manera más profunda.

I. De la resistencia a la construcción de poder popular

Desde Chiapas hasta el Altiplano andino, desde las comunidades mapuche hasta los barrios de Caracas, el poder popular ha emergido como una forma alternativa y real de hacer política. No se trata simplemente de participación ciudadana, entendida como apéndice del Estado liberal. No. Hablamos de una forma autónoma y colectiva de ejercicio del poder desde abajo, que disputa el sentido y el contenido del Estado mismo.

Karl Marx ya lo señalaba en La Guerra Civil en Francia, cuando analizaba la experiencia de la Comuna de París, que *“la clase obrera no puede simplemente tomar posesión del aparato estatal existente y utilizarlo para sus propios fines.”* En otras palabras, el pueblo no solo debe ocupar espacios institucionales, sino lo realmente verdadero es transformar radicalmente la lógica del poder y la participación ciudadana es una de las herramientas que permiten dicha transformación.

Esta enseñanza es fundamental para América Latina, donde incluso los gobiernos progresistas aun y con los avances innegables en redistribución, inclusión social y soberanía enfrentan la contradicción de convivir con estructuras estatales moldeadas por el neoliberalismo y el colonialismo. Por eso, el poder popular no puede entenderse como simple acompañamiento de los gobiernos progresistas, debe asumirse como una fuerza crítica, autónoma y constituyente, capaz de profundizar las transformaciones desde los territorios, las comunidades, los sindicatos, los movimientos indígenas, afrodescendientes, campesinos, estudiantiles y feministas.

II. Lenin y la necesidad de un nuevo tipo de Estado

Lenin, en su texto “El Estado y la Revolución”, afirmaba con claridad: *“la democracia burguesa, aún la más perfecta, siempre será una democracia para los ricos, una dictadura del capital.”* Lenin no planteaba el rechazo absoluto al Estado, sino la necesidad de construir un nuevo tipo de Estado, uno que surgiera desde la clase trabajadora y los sectores populares organizados.

Es el caso de América latina donde los proyectos de nación progresistas, como las de nuestros hermanos de Venezuela, Bolivia, Ecuador en sus primeros años, y más recientemente México, Honduras, Colombia, y Brasil, han intentado abrir las puertas del Estado al pueblo. Pero muchas veces se enfrentan a una estructura burocrática, clientelar o tecnocrática que limita el protagonismo de las bases. Por eso, debemos volver a la idea de Lenin: el Estado como instrumento de transición, como herramienta para avanzar hacia una sociedad socialista, pero sólo si ese Estado es conquistado y transformado por el pueblo desde dentro y desde fuera.

Es así que los gobiernos progresistas tienen un papel fundamental: garantizar condiciones para el fortalecimiento del poder popular. Pero deben entender que su legitimidad no viene solo de las urnas, sino de la capacidad de reivindicar todas aquellas demandas históricas que fueron silenciadas, borradas, ocultadas por el neoliberalismo rapaz. El tiempo le debe a los pueblos y a las clases sociales su papel en el Estado.

III. Mao Tse-Tung: el pueblo como sujeto creador de la historia

En este camino, la mirada de Mao Tse-Tung también aporta una clave poderosa. Mao afirmaba que *“el pueblo, y solo el pueblo, es la fuerza motriz que crea la historia del mundo.”* Esta afirmación es profundamente revolucionaria, porque rompe con la idea de que el cambio depende de élites ilustradas, partidos verticales o de líderes mesiánicos.

Para Mao, la revolución no era solo la toma del poder, sino una transformación cultural, social y económica desde las masas. Por eso el impulsó campañas de educación política, movilización constante y crítica a las desviaciones burocráticas dentro del propio proceso revolucionario.

Este pensamiento tiene eco hoy en día, donde vemos cómo los pueblos construyen cotidianamente nuevas formas de poder desde abajo: las comunas venezolanas, las juntas vecinales en Bolivia, los caracoles zapatistas en Chiapas, los cabildos indígenas en Colombia, los movimientos piqueteros en Argentina, los asentamientos del MST en Brasil, las redes feministas y de economía popular en todo el continente.

Todas estas expresiones no son solo formas de resistencia: son embriones de otro poder, de otra democracia, de otra economía, y de otra forma de organizarse, y que rompen con todo ideal de organización liberal.

IV. América Latina y la lucha por una segunda independencia

Compañeras y compañeros, América Latina no está condenada a ser el patio trasero de las potencias. Tampoco está destinada a reproducir la lógica capitalista y extractivista como única vía de desarrollo. Lo han demostrado y confió que tenemos las condiciones, la historia

y sobre todo las fuerzas sociales para construir un camino propio, un camino basado en la igualdad social, la vida, la dignidad, la justicia social y la acción colectiva.

Pero ese camino no será posible sin una alianza estratégica entre gobiernos progresistas y movimientos sociales, donde el poder popular no sea temido, sino promovido. Donde la crítica no se vea como traición, sino como una oportunidad para corregir, profundizar y avanzar.

Ya lo decía el Che Guevara: *“El revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor.”* Amor al pueblo, amor a la libertad, amor a la justicia. Ese amor no se expresa en discursos vacíos, sino en la creación concreta de nuevas formas de vida, organización, economía y poder.

V. Conclusión: entre el horizonte y la práctica

Hoy más que nunca y en este seminario lo digo, hay que hacer frente a la ofensiva del imperialismo, a la crisis ecológica producto de un capitalismo, a la amenaza del resurgir de las ultraderechas y a la fragilidad de nuestras democracias, debemos volver a lo esencial: *organizar al pueblo, educar políticamente, construir desde abajo y para abajo.*

Como decía Marx, *“la emancipación de la clase trabajadora será obra de la clase trabajadora misma.”*

Como advertía Lenin, *“sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria.”*

Y como enseñaba Mao, *“servir al pueblo debe ser la base de toda acción política.”*

Compañeras y compañeros, América Latina no está en pausa. Nuestros pueblos se están moviendo, organizando, pensando y construyendo.

Es tiempo de acompañar esos movimientos no desde arriba, sino desde la horizontalidad del compromiso y el respeto.

Que el poder popular no sea solo una consigna, sino una realidad.

Que los movimientos sociales no sean instrumentos del poder, sino sujetos de poder.

Y que los proyectos de nación de nuestros gobiernos progresistas estén guiados por un principio simple y revolucionario: con el pueblo todo, sin el pueblo nada.

Que ¡Viva el poder popular!

Que ¡Vivan los movimientos sociales!

Que ¡Viva la lucha por una América Latina libre, digna y soberana!

¡Por qué yo lo haré! ¡Lo haremos juntos!

Muchas gracias hermanas y hermanos.